Sinopsis:

Ni — Ego

Por David Santiago Salas Rolong

El eco de un hombre que se cree dueño del mundo. Sus pasos resuenan sobre mármol, su mirada atraviesa plazas llenas de murmullo y expectación. Ha conquistado tierras, ha cruzado ríos decisivos, ha moldeado ciudades y tocado el oro de lejanas regiones. Cada victoria, cada alianza, cada decisión, es un reflejo de su ego indomable.

Entre aplausos y susurros, entre traiciones y silencios, el hombre se enfrenta a la grandeza y a la soledad que esta conlleva. Ni los dioses ni los hombres pueden detenerlo: su poder es absoluto, su ambición, infinita.

Ni — Ego no es solo la historia de un conquistador; es la historia de un ego que decide la historia. Una obra donde el destino, la gloria y la traición se miden por la altura de quien se atreve a pensar que está por encima de todo… incluso de sí mismo.

Obra registrada ante la DNDA, actualmente en proceso de revisión.

Número de radicado: 1-2026-33096

Todos los derechos reservados © David Santiago Salas Rolong, 2026

Ni — Ego

Acto I — Ascenso

—Señor, señor… ¡Usted es el hombre más grande de todos! Ha conquistado la Galia… una hazaña digna de leyendas.

El militar observó por la ventana: la multitud lo aclamaba, lloraban y enaltecían su nombre.

Él, vestido con su armadura de hierro, exhaló: —Lo tengo todo: dinero, poder… gloria —mientras sus ojos recorrían los inmensos montes y las mensajeras del firmamento—.

—Imperator, Imperator… ¿Conquistó usted la Galia por el bien de Roma… o por la necesidad de ser recordado?

—Niego.

El viento soplaba: indiferente, libre… fresco.

—¿Roma necesitaba un líder eterno… o tú necesitabas sentirte indispensable?

—…

Las rocas del exterior permanecían allí. Inmóviles.

—¿Cuando los aplausos se apaguen y el mármol se desgaste… qué quedará de ti?

El romano apretó con firmeza el mango de su gladius.

Desenvaina.

La alza.

¿Niegas que eres dueño del mundo? Pues, de serlo así, serías rehén de tu ambición…

—Ni… Ego —susurró.

La hoja seca de un árbol aterrizaba delicadamente en el suelo.

El filósofo bajó la mirada y se retiró silenciosamente.

Afuera, las tropas cantaban potentemente su fama:

—¡Invictus! ¡Victor! ¡Gloria Imperatori!

Acto II — Rubicón

—(Un mensajero entra con un pergamino sellado. Silencio. El hombre toma la carta, rompe el sello y lee.)

Los guardias observan a su general mientras contienen la respiración.

Él empuñaba su mano y apretaba la mandíbula vehementemente.

Entre tanta diplomacia, murmuró lo único que llamó su atención del mensaje:

—"Regresa a Roma sin tu ejército. Obedecer será prudencia; desobedecer, traición. El tiempo corre: el retraso puede convertir tu poder en enemistad. La República observa".

Los centuriones y los tributos militares buscaban emociones en los ojos del Imperator.

Todos lo miraban con esa expresión de:

—"¿Qué haremos, señor? ¿Qué hará? ¿Cruzará el Rubicón y desafiará al Senado? ¿A Pompeyo?"

El silencio era otro actor más. Pesaba más que mil toneladas. Nadie quería soltar la lengua.

Con voz firme y autoritaria, comentó:

—He conquistado la Galia. La victoria de Alesia aún resuena en los valles…

—¿Acaso cree el Senado que mi gloria puede medirse con leyes antiguas?

—¿O que mis hombres obedecerán cadenas que nunca conocieron?

—No… no hay marcha atrás.

Los allí presentes vieron al ego personificado. Sintieron un profundo respeto; uno que se gana probando la valía en batalla… seguirían a ese romano hasta los confines del avernus.

Con la barbilla levantada, hombros imponentes y pasos firmes y seguros, salió de su tienda de campaña.

Las tropas inclinaban la cabeza con su andar. La multitud lo perseguía con la mirada.

Se ajusta la túnica roja, ciñe el cingulum con su gladius, cubre sus hombros con el paludamentum púrpura y monta su caballo ágil, la mirada fija, la corona de laurel brillando, listo para desafiar al destino y traspasar el límite fluvial.

A veces el lenguaje no alcanza; no sirve. A veces, la acción aplasta a los sonidos vocales.

Todo el ejército bajó con lealtad desde la Galia Cisalpina hasta llegar al punto geográfico decisivo.

Pararon.

El entorno estaba más vivo que nunca:

- Splash… glub-glub… burbujeo constante, mezclado con el golpe del agua contra las piedras.
- Cantos agudos de jilgueros y cuervos que graznan desde los árboles cercanos.
- El viento mueve las hojas y algunas ramas caen con un crack seco.
- Ranas croando en la orilla, algún roedor corriendo con un scurry sobre las piedras.
- El viento recorre la hierba alta de la ribera, mezclada con hojas revoloteando.
- Ecos lejanos: el mugido de algún ganado o el relincho de caballos dispersos en la distancia.

Montado en su equus militaris de buena estampa, confiable y capaz de soportar el terreno del norte de Italia, musitó:

—Si retrocedo, ¿quién recordará mi nombre?

—¿Soy amo de mis legiones… o esclavo de mi deseo de grandeza?

—¿Temo al Senado… o temo a mi propia indecisión?

Ssshhh… ahhh…

—Alea iacta est.

Avanzó. Lo siguieron.

Acto III — Roma

—(El amanecer se filtraba entre columnas y muros de mármol. El río Tíbet brillaba con los primeros rayos. Silencio expectante en las calles.)

—(Se oyen pasos de hierro sobre las piedras: un ejército entra en Roma. La multitud contiene la respiración.)

—(Un senador anciano observa desde el Senado, con el pergamino de órdenes arrugado y sucio. Sus manos le temblaban.)

—"Ha cruzado el Rubicón… y ya no hay vuelta atrás."

—(El aire huele a tierra mojada y pólvora; banderas ondean; el clamor de los ciudadanos mezcla miedo, esperanza y asombro.)

El militar monta su caballo con la cabeza erguida. Allí arriba, todos los objetos sensibles se inclinaban ante él.

—Su ego es casi palpable, mamá —manifestó un infante temeroso.

Los perros estaban acostados y no se paraban a ladrar. Los caballos estaban mansos y dóciles.

Los guardias de la ciudad sostenían débilmente sus espadas. No podían dejar de mirarlo.

—¿Qué es el hombre, si no otra extensión de la naturaleza?

—(El pueblo murmura entre sí: "¿Es un salvador o un tirano? ¿Es el fin de la República o el inicio de la grandeza?")

—Si retrocedo, todo lo conquistado se pierde.

—Si avanzo, ¿qué quedará de los hombres que juraron lealtad a la República? —pensó.

—¿Gloria o condena?

Y entonces, al llegar a la plaza principal, levanta la mano y todos callan.

Las pupilas de todos se dilataron… incluso las de Júpiter.

—Ciudadanos de Roma…

—Hoy no traigo un ejército para aplastar, sino para recordar lo que significa la lealtad y la grandeza de nuestra República.

—He conquistado la Galia, he probado mi valor y el de mis hombres, y sin embargo, aquí estoy entre vosotros, no como tirano, sino como romano que respeta la tierra que lo vio nacer.

—Sé que algunos temen… que Pompeyo ha partido, que la incertidumbre se cierne sobre Roma.

—Pero, ¿acaso la seguridad del Estado depende del miedo o de la virtud de sus hombres?

Aquello era una tumba egipcia: eran momias, sarcófagos inmersos en el Imperator.

—¿Se mide el poder de un líder por la obediencia forzada o por la voluntad de quienes lo siguen por convicción?

—Roma no necesita cadenas ni temores. Roma necesita justicia, decisiones firmes y la certeza de que su gloria será sostenida por aquellos que actúan con honor.

—No busco aplastar a mis enemigos, sino fortalecer nuestra República y honrar a quienes dieron su vida por ella.

—El destino se mueve, el tiempo corre, y nosotros debemos recordar: la verdadera grandeza no reside solo en la victoria, sino en la responsabilidad que viene con ella.

—Hoy, Roma observa… y yo, romano entre romanos, cumplo con mi deber.

El pueblo gritaba su nombre, aclamando la llegada del hombre que había desafiado la historia.

Trompetas y tambores resonaban por las calles; banderas púrpuras y rojas ondeaban al viento.

—Desde el Senado, algunos se inclinaron con respeto; otros contuvieron su miedo, temiendo por el futuro.

Un tribuno se adelantó y dijo:

—¡Recibid a nuestro líder, al hombre que traspasó el Rubicón, defensor de Roma!

El paludamentum púrpura de su hombro brillaba más intenso que nunca, y la corona de laurel reflejaba los primeros rayos del sol.

—¿Gloria… poder… o solo responsabilidad?

—Hoy, Roma me reconoce; mañana, ¿quién reconocerá a Roma?

Aplaudió la multitud. Se escuchó un murmullo colectivo que mezclaba temor y admiración.

El futuro estaba incierto, pero un hombre había cruzado la línea… y nada volvería a ser igual.

Acto IV — Dictator Perpetuo

Pompeyo huyó hacia el este, buscando refugio en tierras extranjeras.

No encontró gloria. Encontró traición.

—(Las arenas de Egipto guardaron su último aliento).

El Imperator no lo vio morir.

Pero supo que el destino ya no tenía rival.

El enemigo que había dividido Roma estaba vencido.

La guerra civil tenía un solo nombre.

—(El mar Mediterráneo parecía inclinarse ante la flota romana).

Egipto lo recibió con incienso, oro y miradas calculadas.

Y allí apareció ella.

No como súbdita.

No como prisionera.

Sino como reina.

Cleopatra.

—(La noche en Alejandría olía a aceite perfumado y ambición).

No fue solo deseo.

Fue estrategia.

Roma necesitaba trigo.

Egipto necesitaba estabilidad.

César necesitaba algo más que victoria: necesitaba perpetuidad.

Entre columnas, mapas y susurros,

no solo se trazaron alianzas.

Se sembró una línea de sangre.

El hijo nacido no era solo carne.

Era símbolo.

Era puente.

Era amenaza.

La dinastía ptolemaica ya existía,

pero ahora Roma tocaba su raíz.

Y el romano comprendió algo peligroso:

El poder no solo se ejerce.

Se hereda.

—(Regresó a Roma distinto).

No traía polvo de batalla.

Traía oro, prestigio y el rumor de Oriente en la mirada.

Las estatuas comenzaron a parecerse a él.

Los títulos comenzaron a repetirse.

Los aplausos comenzaron a durar demasiado.

Y entonces…

—Dictator Perpetuo…

La palabra cayó más pesada que el hierro.

No fue un grito.

Fue un decreto.

El pueblo aplaudió.

El Senado aplaudió.

Pero el aire se volvió más denso.

Roma ya no respiraba con libertad.

Respiraba con orden.

Sentado en su silla dorada del Senado, observaba y escuchaba a todos los demás estratégicamente.

Sin embargo, en todo hombre siempre hay instantes de inmersión mental. El mundo exterior desaparece durante unos segundos y aparece él… el ego.

—Míralos hablar. Creen y dicen tener “poder”. Yo estoy por encima de las leyes. Yo decido qué normas se aprueban y cuáles no.

—¿Quién podrá contradecir al victorioso de la Galia? ¿Al vencedor de Pompeyo? ¿Al militar estratega?

—¿Júpiter? ¿Minerva? ¿Neptuno? No estoy debajo de los dioses, estoy junto a ellos… y creo que unos centímetros más alto.

—Solo yo puedo salvar a Roma. Roma será salvada por mí.

Volvió a estar presente en su entorno.

—La reforma agraria no puede aprobarse sin debate —dijo un senador, golpeando suavemente el mármol.

—Y el nombramiento de los magistrados debe seguir el orden tradicional —añadió otro.

Los cónsules intercambiaron miradas.

Aún existían.

Aún hablaban.

Pero ya no imponían.

—Roma no puede depender de un solo hombre —susurró uno de ellos, con voz medida.

El murmullo creció.

Se hablaba de límites.

De tradición.

De la República.

Y entonces…

Tac…

Tac…

Tac…

El sonido de las sandalias sobre el mármol no fue apresurado. Fue constante.

No era prisa. Era ritmo.

El cuero tensado contra la piel marcaba cada paso con un clac seco, firme, inevitable.

El hierro de las suelas rozaba la piedra con un scrrhhh áspero que se extendía por la sala como una advertencia.

Tac… clac… scrrhhh…

Los senadores no levantaron la vista al principio. La bajaron.

Sus pies no corrían. No arrastraban duda.

Pisaban con el peso exacto de quien sabe que el suelo no le pertenece… pero le responde.

Cada apoyo era definitivo. El talón golpeaba primero —toc—; luego la planta asentaba —thum—, como si el mármol tuviera que aceptar la decisión antes que el Senado.

Tac…

Tac…

Tac…

No eran pasos. Eran decretos acercándose.

Las sandalias del Dictator Perpetuo no caminaban por el Senado. Lo medían…

Y cuando el último toc resonó frente al centro del recinto, nadie necesitó que hablara.

El eco ya había decidido por ellos.

¿Pidió la palabra? No. La palabra estaba a su merced.

—He escuchado que Roma duda —dijo con calma.

Nadie respondió.

—La reforma se aprobará. La tierra debe distribuirse para estabilizar la ciudad.

—Los magistrados serán nombrados hoy. Roma necesita continuidad, no vacilación.

Un senador intentó intervenir.

—Pero… la tradición exige—

Lo miró.

No levantó la voz.

No mostró ira.

—La tradición exige que Roma sobreviva.

Silencio.

Los cónsules bajaron la mirada.

Uno de ellos asintió de forma apenas perceptible.

—Procedamos a la votación —musitó otro senador, ya sin convicción.

Las manos se alzaron.

Una tras otra.

No por debate.

Por dirección.

La decisión estaba tomada antes de contarse los votos.

No sonrió. No celebró.

Se limitó a observar cómo el orden se acomodaba a su voluntad.

El Senado seguía lleno. Las leyes seguían pronunciándose.

Pero la República ya no discutía.

Aprobaba.

Roma odiaba la palabra rey… y el Pontifex Maximus era lo más cercano a ello.

Acto V — Duro, blando… frágil: Kalendas, Nonas, Idus.

Interior. Amanecer tenue. Una estancia amplia pero sobria. Una mesa con pergaminos sin terminar. Una túnica cuidadosamente doblada.

Él está de pie. Descalzo. Mira hacia la ventana. No habla todavía.

Un sirviente entra en silencio. Se inclina.

—Señor… el carruaje está preparado.

Silencio.

—¿Llueve?

—No, señor.

—Los dioses no miraron mi sacrificio… el animal no tenía corazón —expresó levemente frustrado.

—Tal vez el animal no tenía corazón… porque el corazón está aquí. En Roma. En usted.

Insatisfecho le era esa interpretación.

—Que no tengan corazón los animales… no me preocupa. Que lo pierdan los hombres… eso sí.

—Los augurios fallan, Parens Patriae. Los hombres no. Hoy todos lo esperan en el teatro de Pompeyo.

—Pompeyo…

Miraba el horizonte; el horizonte lo miraba a él.

El foro estaba allí, pero pasaba desapercibido. Sus ojos seguían a un niño corriendo, a un esclavo barriendo… a una mujer cargando agua.

Apretó el mentón, tragó saliva y preguntó:

—¿Cuándo dejará mi nombre de pronunciarse? ¿Qué hay en el eco del vacío?

—…

—Para algunos soy un hombre arrogante y peligroso. Para otros soy el pilar que sostiene un sistema roto. En un futuro, ¿qué seré?

—Ellos no se han ganado la gloria, no se han ganado la fama.

—Me desprecian por mi arrogancia, pero ¿quiénes de ellos tuvieron la valentía de arriesgarse?

—¿Quién luchó en la Galia? ¿Quién cruzó el Rubicón? ¿Quién se enfrentó a Pompeyo? ¿Por qué ellos piden grandeza cuando nunca han luchado por ella? ¿Y por qué odian al que sí lo ha hecho?

Silencio largo.

Extiende los brazos. El sirviente comienza a vestirlo con precisión casi ceremonial.

No es vestir. Es investir.

El imperator, mientras el sirviente ajusta la tela:

—¿Sabes qué pesa más? No la púrpura… la mirada de quienes creen merecerla.

El sirviente ata el cinturón.

—Roma no duda de usted.

Él, seco, menciona:

—Roma nunca duda. Los hombres sí.

El sirviente se arrodilla para colocar las sandalias. Un gesto íntimo. Humano.

El Dictator perpetuo mira sus propios pies.

—Descalzo nací… y descalzo podría morir.

El sirviente levanta la vista, inquieto, y le dice:

—Hoy es un buen día.

El general lo mira por primera vez directamente y añade:

—Todos los días lo son…

hasta que dejan de serlo.

Silencio.

El sirviente coloca el anillo en su mano.

Ese pequeño gesto es importante: el poder cabe en un dedo.

Desde fuera se oye el murmullo lejano de la ciudad.

César respira hondo.

—Vamos.

Exterior. Roma despierta.

El carruaje espera.

Sube sin mirar atrás.

El sirviente observa un instante más la puerta abierta de la estancia vacía.

Oscuro.

No había música, sino sonido crudo.

• Carros golpeando piedra.

• Vendedores gritando precios.

• Metal chocando.

• Animales.

• Discusiones lejanas.

• Pasos apresurados.

El carruaje avanza.

El sonido no es decorativo, es abrumador.

Él no habla, mira al frente.

El ruido crece.

Al aproximarse al Teatro de Pompeyo, algo cambia.

No es inmediato.

Primero desaparecen los vendedores.

Luego los animales.

Luego el metal.

Quedan solo pasos.

Luego tela rozando mármol.

Luego respiraciones.

Cuando entra al teatro:

El sonido exterior ya no existe.

Solo sandalias sobre piedra.

Interior. Curia anexa al Teatro de Pompeyo.

El Senado reunido.

No gritan.

No conspiran en voz alta.

El silencio aquí no es paz.

Es cálculo.

Uno se acerca.

Otro.

Otro.

Una voz cualquiera:

—Dictator perpetuo.

No reverencia.

Constatación.

El vencedor de la Galia se sienta.

El murmullo ya murió afuera.

Un pergamino es extendido.

—Es una petición.

El pontifex Maximus apenas lo mira.

Un hombre se acerca demasiado.

Otro queda a su espalda.

Alguien toca su hombro.

No es violento.

Es casi respetuoso.

El imperator giró levemente.

Un tirón en la toga.

Tela rasgándose.

No entiende todavía.

Un golpe seco.

No grito.

Aire que se corta.

Otro golpe.

Más torpe.

Más cerca.

Respiraciones agitadas.

No hay sincronía.

No hay valentía épica.

Hay miedo.

Uno falla y hiere a otro conspirador.

Un cuerpo tropieza.

Intenta incorporarse, no para huir, sino para entender.

Mira rostros.

No dioses.

No destino.

Hombres.

Manos conocidas.

Un tercer golpe lo dobla.

La púrpura absorbe lo oscuro.

Sus dedos buscan algo —no espada— equilibrio.

Sus rodillas tocan el mármol.

Un último empuje.

El anillo golpea el suelo antes que su cuerpo.

Silencio.

No absoluto.

Respiración temblorosa de los vivos.

Uno susurra:

—Está hecho.

Pero no suena victorioso.

Suena pequeño.

No dice nada.

Sus ojos quedan abiertos.

No desafiantes.

No sorprendidos.

Abiertos.

Como si aún esperara que alguien explicara el error.

Oscuro…

Por alguna razón recordó cuando lloró enfrente de la estatua de Alejandro Magno. Queriendo ser tan grande como él.

Pero el vacío aplasta al ego: en los brazos de la incertidumbre no hay lugar para él.

Tosiendo sangre y con la vista cada vez más nublada, observó la estatua de su antiguo rival...

Fin.

Correo: davidsantiago282007@icloud.com